

CON Jimmy Carter, el pueblo de los Estados Unidos vuelve a encontrarse con una imagen antigua y típica de la política: el hombre que en sí mismo es un programa, en su imagen de trabajador infatigable, de hombre honesto y sencillo, capaz de inspirar confianza y seguridad y de responder a los desafíos de la vida, la política y la complejidad del mundo moderno no con doctrinas preconcebidas, sino con una personalidad básica de hombre inspirado en la religión, en un cierto humanismo. Quien quiera que haya fabricado esta imagen en su laboratorio ha acertado, contando siempre con la materia prima de este ciudadano. Es un hallazgo. Después de la personalidad atormentada y continuamente trucada de Nixon, después de las mentiras de Johnson y del exceso de intelectualismo de Kennedy, Jimmy Carter aparece como un gran descanso. Un regreso a las fuentes, al misticismo creador de los primeros fundadores: no ya de los fundadores políticos de hace doscientos años, sino de los colonos sencillos y directos, que tenían la Biblia por su principal, casi única fuente de inspiración. Este Jimmy Carter que confiesa también que la Biblia es su principal y más segura lectura, y que piensa en Dios veinticinco veces al día, este sueño iluminado que quiere construir una nación "decente", puede sostener la ilusión de un regreso al pasado. A los tiempos del "american dream", del sueño americano roto en cien mil pedazos ahora, que podría —dice él, creen ellos— reconstruir la nación a la imagen y semejanza de ella misma.

Es, por consiguiente, un personaje temible. Un conservador iluminado es lo peor que le puede caer encima a un país. En este caso, al mundo, puesto que ese país es precisamente la nación hegemónica de más de medio mundo. Hay que mantener la esperanza de que se trata solamente de una imagen política, y de que Carter es un profesional inteligente, está manipulado por personajes inteligentes y astutos y, en el caso de que llegara a ser Presidente de los Estados Unidos —no muy improbable—, se dejaría llevar por el engranaje y por la responsabilidad política de su grupo, de su partido.

Pero, ¿puede llegar a ser Presidente? Va pareciendo que sí. En un principio, no parecía siquiera que iba a ser candidato. Parecía, más bien, ese tipo de figuras que se lanzan por los partidos para animar la campaña electoral, para dar interés a lo que estaba establecido. Para dejar entrar luego a un hombre sereno y suficiente, que diera equilibrio y seguridad a la campaña. Iba a ser un Humphrey, tan probado y tan gastado, o quizá en un caso de necesidad el último —por ahora— de los Kennedy. Un hombre de confianza del partido. Los viejos manipuladores de la mecánica, de



Carter representa la mentalidad agrícola, tradicional; Mondale, la industrial, nueva y abierta. Y si el primero ha sido acusado de ciertas tendencias racistas, el segundo tiene el apoyo de los negros.

La hora de Carter

la "machinery" del partido demócrata desconfiaron muy pronto y reclamaron que se hiciera lo imposible para detener lo que comenzaba a ser su marcha triunfal. El "stop Carter" se lanzó en seguida y, sin embargo, ya era demasiado tarde. Carter estaba avanzando en las primarias, que comenzaban a tener valor real. Los dueños del partido, las gentes que están de-

para la vicepresidencia, tuviera también un final extraordinario. Ford, que fue acogido con cierto entusiasmo precisamente porque tenía una imagen de hombre sin brillo y sin exceso de inteligencia, y por lo tanto también sin demasiada astucia política: de hombre que, efectivamente, podía entroncar con la simplicidad original de los fundadores, se desgastó rápidamente.

Eduardo Haro Tecglen

trás, y son generalmente invisibles, de los políticos populares y conocidos, comenzaron a comprender que Carter podía ser una buena inversión. Podía ser el sujeto capaz de llevar al partido demócrata a la Presidencia, dentro de lo inverosímil, puesto que no se ha dado el caso de que pierda las elecciones un Presidente en ejercicio (Johnson se retiró; probablemente hubiera perdido la reelección, y precisamente para evitar esa catástrofe histórica y sin precedentes se fue él solo). Pero en los Estados Unidos se está desde hace años en el reino de lo inverosímil: el asesinato de Kennedy, la retirada de Ford y la expulsión de Nixon y Agnew son los últimos tres finales de los Presidentes de los Estados Unidos en esta extraña época. No tendría nada de demasiado extraño, por lo tanto, que este nuevo Presidente que es Ford, llegado a la Casa Blanca por medios ajenos a los normales, sin haber ganado ninguna votación para la Presidencia o

No es estimado. Podría ocurrir otro suceso sin precedentes: que el propio partido republicano retirase a Ford, el Presidente en ejercicio, de la candidatura. La elección de Carter por la convención demócrata —consagrado por las primarias— puede influir notablemente en la convención republicana del 16 de agosto. El partido republicano puede considerar que la baza del "Presidente en ejercicio" puede estar ya comprometida, y que Ronald Reagan podría ser más eficaz que Gerald Ford para combatir a Carter. Ello indicaría una involución del partido republicano más a la derecha, puesto que Reagan representa una personalidad ultraconservadora. De todo esto se puede hablar así hecha ya la advertencia de que lo verosímil no es nada de eso, sino que Ford sea el candidato republicano y el que gane las elecciones presidenciales. Aunque también puede verse que en ese caso, y en otro cualquiera, los republicanos van a perder ya en noviembre más

puestos en la Cámara de Representantes y en el Senado y en las gobernaduras de los Estados. Lo que existe en el país es, sobre todo, un cansancio profundo de los últimos ocho años por no retroceder más. Los últimos ocho años de truculenta administración republicana. "Es preciso acabar con estos ocho años de Nixon-Ford, acabar con estos largos ocho años de Kissinger", dijo en la convención demócrata el presidente del partido, Strauss. Es el mejor "slogan" para la campaña presidencial: romper con este tiempo. Adecentar la época. Son consignas de ruptura y no de reforma las que tienen éxito ahora en Estados Unidos. Desde fuera puede decirse que no hay que esperar demasiado de esa ruptura. Aunque se inició ya, incluso desde fuera de la política, con esa tendencia al regreso a la democratización, con ese final de la autocracia que supuso la defenestración de Nixon por dos de los grandes poderes democráticos, la prensa y la justicia, y por el remolque del Congreso. Ford no ha sabido responder a la revolución que se habla abierto en aquel momento. La gente puede esperar que lo haga Carter, con su nombre nuevo y su historia en el que se hacen valer más los rasgos personales —su condición de "granjero", su mística del trabajo, su carácter moralizante, su religiosidad, su vocación patriótica— más que los políticos, aunque desde fuera no se puedan tener demasiadas esperanzas. La dirección de los Estados Unidos es algo demasiado importante como para que pueda ejercerla un Presidente. Los grupos de poder son otros. Un Presidente le da estilo, y quizá el estilo Carter sea hoy más atractivo que el estilo Ford.

La elección de vicepresidente, de compañero de equipo en la candidatura, se ha hecho al modo clásico: buscando la contraposición y el complemento. Se sabe lo que es un vicepresidente en los Estados Unidos: una figura decorativa. Un distinguido y sonriente funcionario que, en muchos casos, no se entera de nada. Pero cuando se le elige tiene una importancia primordial: se está eligiendo a quien puede llegar a ser Presidente de la nación en caso de fallecimiento o destitución del Presidente. Algunos de los ciudadanos sonrientes e inocentes que han ocupado la vicepresidencia se han convertido en Presidentes dramáticos: citemos a Truman, que pasó de ser un payaso divertido con una hija que tocaba —muy mal— el piano a ser quien decidió el lanzamiento de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki y quien inició la guerra fría a partir de la doctrina que lleva su nombre ("Doctrina Truman"), o a Johnson, que lanzó las oleadas de aviones de bombardeo sobre los diques del Vietnam. Un vicepresidente puede convertirse en cualquier momento en Presidente, y tiene muchas pro-

La hora de Carter

habilidades de llegar a serlo por vía electoral cuando su Presidente termine el mandato: Mondale, nombrado ahora por Carter, podría ser el Presidente accidental de los Estados Unidos a partir de noviembre y podría ser el candidato más calificado a la elección dentro de ocho años si Carter fuese elegido. El sistema clásico es la elección del antipoda para sumar votos.

En este caso, Carter es del Sur —y muy del Sur, y eso tiene en contra: los Estados Unidos son reacios a elegir para la Presidencia a un hombre del Sur— y Mondale es algo más que del Norte, es nordista. Si Carter representa un conservadurismo, una derecha, Mondale pertenece al ala liberal y joven del partido. Carter representa la mentalidad agrícola —tradicional—: Mondale, la industrial, nueva y abierta. Se ha especializado en temas sociales: los sindicatos le apoyan. Carter ha sido acusado de tendencias racistas: no parecen muy acentuadas y se estima que sin ellas no podría haber hecho su carrera política en el Sur (fue gobernador de Georgia); en cambio, Mondale tiene el apoyo de los negros por sus campañas en favor de los derechos civiles. Si para los padres, los cabezas de familia, Carter representa la vieja estabilidad, el buen sentido común antiguo —es "un reflejo del pasado, el símbolo de un mundo muy simple que ha desaparecido", según un editorialista de la misma línea tradicional, James Reston—, Mondale tiene para los hijos, para los jóvenes —dentro de un mundo ordenado de jóvenes: los grandes marginados de la juventud izquierdista siguen creyendo en que todo es farsa— un gran atractivo por sus sucesivos intentos de reformar el sistema electoral y el parlamentario en un sentido más favorable a la democracia. Se dice que los judíos están con él y que también puede sumar los votos de los católicos (es metodista), más que por su religión, por su defensa continua de las minorías pobres. Es, en fin, una joya para un hombre como Carter, y le va a ser de una utilidad enorme en la campaña para las elecciones presidenciales del mes de noviembre.

Una campaña cuyos grandes rasgos se están viendo ya. Son los iniciados en la convención demócrata. La campaña va a estar basada más que en un programa —la "plataforma" democrática no ofrece grandes novedades, y los discursos pronunciados hasta ahora por Carter son más bien pobres en ideas y propósitos—, en una ofensiva de lo diferente sobre lo conocido, en una explotación de las miserias de la Presidencia republicana de estos últimos ocho años. Toda la corrupción de que fueron culpa-

bles Nixon y Agnew va a recaer sobre los hombros del simplón Ford o del duro Reagan. La doble ofensiva vendrá de la seguridad de un regreso al "pasado honesto" de los Estados Unidos desbaratado en los últimos años y de la ambición de futuro y de ruptura que puede presentar Mondale. La defensa de Ford es precaria. Su campaña en estas elecciones primarias ha sido desastrosa, y la escolta de Kissinger, desgastado y aburrido, con las costillas políticas demasiado al descubierto por los harapos doctrinales e intelectuales con que intenta revestirla, demasiado hombre de Nixon, no le ayuda nada. Su vicepresidente, Rockefeller, ha resultado anodino: se esperaba de él algún brillo mayor. En realidad, Rockefeller luchó y conquistó la vicepresidencia con la esperanza de que Ford renunciase a la carrera presidencial y quedara él como candidato del partido republicano. Más le hubiera convenido al partido esa combinación. Rockefeller, con sus millones y su fama de liberal, hubiese sido un buen candidato: soldado a Ford por la permanencia en la vicepresidencia, es ahora un peso inútil y desalentado. La verdad es que Ford aceptó la presidencia repitiendo continuamente que jamás se presentaría a las elecciones de 1976, y que se limitaría a cubrir el hueco dejado por las circunstancias excepcionales en que habían desaparecido el Presidente y el vicepresidente. Naturalmente, no ha cumplido su decisión. Queda la incógnita de Reagan. Si el partido republicano decide correr esa aventura, tendrá quizá más posibilidades que con Ford. Pero Reagan representa una derecha muy cerrada, ha sido duro como gobernador y es temido por todos los grupos liberales del país. La misma división del partido, la incertidumbre en que permanecerá el 16 de agosto, favorecen ahora la posibilidad de los demócratas. Incluso haber celebrado la convención un mes antes que sus adversarios es una baza a su favor.

¿Cambiará mucho la política de los Estados Unidos si triunfa uno u otro adversario? El cambio mayor puede esperarse, sobre todo, no de la Presidencia —a pesar de su poder constitucional tan enormemente amplio—, sino de las variaciones en el Senado y en la Cámara de Representantes: es bastante seguro de que ese cambio se hará en favor del partido demócrata. En último caso, no olvidemos nunca que un Presidente de los Estados Unidos está metido dentro de un rígido engranaje de poder, que los grandes grupos industriales y militares están muy de acuerdo y que son ellos quienes dirigen en realidad la política del país, sobre todo la política exterior, que, en función de la condición de imperio, es en sí una política exterior. Como queda dicho, habrá una gran variación de estilo si gana Carter o incluso si gana Reagan; pero en lo fundamental puede haber pocos cambios en la dirección de la política de los Estados Unidos. ■

Italia

SIN LOS COMUNISTAS, PERO CON LOS COMUNISTAS

"No es posible una participación del Partido Socialista en el Gobierno con una mayoría de la que se excluya al Partido Comunista italiano"; ha dicho el Partido Socialista al presidente Andreotti, encargado de formar Gobierno. No ha entrado en razones doctrinales: "Sobre todo —ha dicho— porque debemos tener en cuenta a un electorado que ha dado 13 millones de votos comunistas". Se había pensado que los socialistas, tras la caída de De Martino en el Comité Central, podrían cambiar de puntos de vista respecto a la renovación de su colaboración ministerial con la Democracia Cristiana. De Martino ha sido sucedido por Bettino Craxi, joven y pragmático, muy ligado al "histórico" Pietro Nenni, con quien ha conferenciado después de haber sido elegido para el cargo. Han mantenido la misma postura previa: el PSI no formará Gobierno de nuevo con la Democracia Cristiana, o, al menos, no figurará en ese Gobierno mientras no haya una representación comunista. No la habrá. En el diálogo de Andreotti con el representante del PSI (que no ha sido Craxi, sino el vicepresidente de los diputados socialistas, Di Vagno), el presidente encargado ha rechazado, una vez más, la posibilidad de la entrada de los comunistas en un Gobierno nacional. "La entrada de los comunistas en la mayoría —ha dicho Andreotti— podría ser ahora traumatizante para los sectores medios que representa la Democracia Cristiana: los tiempos no están maduros". Los tiempos no están maduros en Italia para que trece millones de votantes, la segunda fuerza del país a escasa diferencia de la primera, forme parte de un Gobierno de unión nacional. Los tiempos están maduros, sobre todo, para una crisis perpetua por falta de salidas políticas reales. Se sabe ya de dónde procede una parte de la "falta de madurez": las presiones de los "paises ricos" reunidos en Puerto Rico, que bloquearían económicamente a Italia en caso de participación comunista en el Gobierno, según las escandalosas declaraciones del canciller Schmidt.

La idea de Andreotti, tomada del

nuevo secretario general, Zaccagnini —"Zac", se dice en los medios políticos—, es la de que el Partido Comunista debe permanecer en la oposición, pero contribuyendo desde ella a los "problemas institucionales y de fondo del país". "La confrontación constructiva con el Partido Comunista debe consistir en la elaboración de un programa que contenga también una convergencia amplia y motivos de asentimiento en el Partido Comunista italiano". El cual Partido Comunista italiano parece tener una posición "no negativa" —según sus propios medios— a esta posibilidad. Berlinguer parece dispuesto a considerar esa colaboración tácita o distante según sea el programa de Andreotti.

El Partido Socialista está considerando la posibilidad de formar una coalición con los "laicos". Que podría llegar al Gobierno; ahora o más tarde. Pietro Nenni, que sigue siendo inspirador profundo del partido, y cuyo papel tiene ahora más importancia que el pasado, pretende todavía la fórmula del Gobierno



Benito Zaccagnini.